

Imaginando Mercutopia

Terenceball

Cuál es el lugar apropiado para el mercado? En la historia del pensamiento social y político, esta pregunta aparentemente simple ha dado lugar a muchas respuestas distintas. Que las respuestas varíen tanto sugiere que la pregunta no es tan simple como parece. Aristóteles, y más tarde los padres de la Iglesia, sostenía que el mercado tiene un lugar muy restringido pero legítimo en la vida social. Bernard de Mandeville y Adam Smith se prepararon para dar a los mercados un papel mucho menos restringido. Karl Marx quería abolir el mercado en su conjunto. Hoy, sin embargo, ha surgido una escuela de escritores y publicistas que sostiene que muchas, si no es que todas, las limitaciones impuestas políticamente a los mercados son ineficientes e injustas. Liberen el mercado, dicen, y permítanle que haga funcionar su magia en todas las esferas de la vida -educación, energía, medio ambiente, crimen y castigo, protección policiaca y contra los incendios, transportación y otras áreas.

Este giro neoliberal es realmente un nuevo ardid en la historia intelectual, y es difícil limitarlo a la academia. Desde las "revoluciones" de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en los ochenta, esta manera de pensar se puso en práctica (fue admitida en forma selectiva). La "privatización" y la "desregulación" se volvieron lemas oficiales y las líneas definitorias de la política pública. La respuesta a la pregunta de qué es el mercado es que está (casi) en todas y cada una de las partes.

Mi propósito aquí no es preguntar qué tan bien han funcionado en la práctica estas políticas, sino en su lugar tratar de exponer algunas de las características cuestionables del pensamiento de mercado, particularmente cuando se aplica a las esferas de la vida social vistas tradicionalmente como sus horribles limitaciones. Haré esto mediante un experimento pensado: la construcción de una sociedad imaginaria en la que el mercado ha invadido y ocupado todas las esferas.

Imaginemos una sociedad no tan distante llamada Mercutopia. En el centro de su ciudad capital de Nozickia está Becker Square, a la que se puede llegar por la gran carretera de cuota Liberty Lane. Por una modesta cuota de admisión uno puede entrar al centro y por una adicional ganarse una entrada al mausoleo que contiene el cuerpo embalsamado de Gary Becker, héroe nacional y santo. "Qué cuesta la inmortalidad" pregunta el letrado sobre la urna de cristal. Y responde inmediatamente: 43,287 rothbards (la moneda nacional, nombrada así por el santificado Murray), este monto está ya muy rebasado por la venta de reliquias -asuntos que pertenecieron o alguna vez fueron tocados por el último economista y semidiós.

En Mercutopia todo se vende. Las drogas y los servicios sexuales están a precios razonables, por supuesto, y entonces hay muchas cosas porque existe un mercado de cualquier bien o servicio concebibles. Hay, por ejemplo, un vigoroso mercado de órganos humanos. Los corredores de órganos caminan por las salas de los hospitales privados, manteniendo muy vigilados a los agonizantes y haciendo tratos con los miembros de la familia cuya ruina puede ser en gran medida compensada con la expectativa de beneficiarse de la muerte de su ser amado. Aquellos que esperan órganos para ser trasplantados están preparados para pagar el precio normal de un corazón, de un pulmón, de un riñón o de otro órgano vital. Usualmente, los corredores de órganos en competencia enfrentan un paciente contra otro, elevando el precio y asegurándose de que el órgano irá al que ofrezca más. Muchos mercutopenses optan porque la asignación esté en su licencia de conducir, que dice que en caso de muerte sus órganos serán subastados. Ellos hacen gestos de incredulidad cuando se dice que hubo un tiempo en el

que la sangre humana y los órganos eran donados gratuitamente por altruistas inclinados a la comunidad -y normalmente preguntan qué significan palabras como "comunidad" y "altruista", pues éstas no son de uso corriente (aunque están en el diccionario).

La lengua que se habla en Mercutopia guarda un estrecho parecido con el español, por lo menos en su vocabulario y pronunciación, aunque no en el significado de muchas palabras. Los diccionarios mercutopenses son de gran ayuda en esto. De "sociedad", por ejemplo, se lee la entrada: "Entidad ficticia que los colectivistas conciben como real. Véase también Público." Dice de "justicia": "No interferencia en las transacciones del mercado; actividades, arreglos y/o decisiones conducentes al funcionamiento del mercado libre." Y de "injusticia" lo inverso: "Interferencia con y/o la regulación de las transacciones del mercado."

Muchos de los mercutopenses son bastante brillantes, han aprendido a leer y a calcular desde una edad temprana. Los niños en los jardines de infantes privados aprenden el abecedario y los valores mercutopenses. "Ahora niños", dice la maestra con voz alegre "¿para qué está la A?" A lo que sus anhelantes pequeños discípulos responden al unísono: "¡Activos!" B es para la banca, C es para el Capital, M es para el mercado (por supuesto), P es para la Propiedad privada y etcétera. La enseñanza de las matemáticas es aún más asombrosa. A la edad de seis años muchos niños manejan decimales y porcentajes y pueden calcular el interés compuesto. A los ocho ya están bien preparados en estadística y a los diez muchos manejan la teoría de opción racional.

En Mercutopia todos los caminos son de cuota, los bomberos y la protección policiaca es proporcionada por compañías privadas por una cantidad, que va de acuerdo a qué tanta protección y a qué tan rápido tengan que movilizarse, a los deseos del consumidor o a lo que éste pueda sufragar. Si usted no puede pagar o escoge privarse de la protección contra incendios, la compañía de bomberos puede aparecer, en el caso en que su hogar se incendie, con mangueras, ganchos y escaleras -y el capitán de bomberos acordará con usted en rápidas negociaciones lo que piense que valen actualmente los servicios de su compañía. Estos costos posnegociados de los incendios (como ellos les llaman) tienden a ser muy altos, frecuentemente van de decenas a centenas o incluso miles de rothbards. Si es usted afortunado varias compañías en competencia aparecerán en escena.

Si un intruso acecha escaleras abajo sólo necesita usted telefonar a una compañía de policía privada a la que le pagará una cuota mensual y le será enviada una patrulla con un oficial. Sin embargo, si usted no tiene una póliza de protección policiaca (o una pistola en el cajón de su mesilla de noche), puede llamar a una compañía y negociar un precio por teléfono. Los consumidores no asegurados y comprensiblemente histéricos pagan normalmente precios exorbitantes por la protección policiaca posintrusiva. En varios casos estos precios negociados acaloradamente ascienden a millones de rothbards. Por lo que no es sorprendente que las compañías policiacas hagan énfasis en la importancia de estar totalmente protegido y de que se les pague por adelantado. Sólo así puede usted asegurar que quien lo asaltó será aprehendido. Después de que se compruebe en una corte privada antes de un juicio -los jurados, por ser lentos e ineficientes (y sería injusto que tuvieran que ser jurados quienes están en cualquier ocasión demasiado ocupados sirviendo a sus propios asuntos) nunca se utilizan en Mercutopia, ni en casos importantes-, el infractor será encarcelado en alguna de las prisiones privadas administradas por Burglar King, McPrison y otras franquicias.

Algunas actividades consideradas criminales en otras sociedades son comunes y totalmente legales en Mercutopia. La extorsión, por ejemplo, es vista como una transacción del mercado libre en la que una persona le paga a otra por el servicio de permanecer en silencio. Los únicos actos castigados por la ley son las transgresiones

contra la persona o la propiedad de otros.

Las prisiones privadas de Mercutopia son lucrativas y populares. No sólo sirven para castigar criminales sino para entretener a una vasta audiencia televisiva. Un programa llamado "Con Cam" pasa videos de prisioneros conforme realizan sus actividades diarias -hacen cuchillos caseros en el taller de la prisión, extorsionan a los prisioneros más débiles y compran drogas a los guardias (es por supuesto perfectamente legal). Pero lo más visto en el circuito cerrado de televisión del sistema de prisiones privadas es el enormemente popular "¿Quién quiere vivir?". Un mes antes de la ejecución, la o el prisionero condenado es introducido a la audiencia televisiva, la cual hace entonces sugerencias sobre la manera y el método de ejecución -ahorcamiento, hoguera, extracción de las entrañas, ahogamiento, descuartizamiento y otros medios incluso más ingeniosos. Esto supone un incentivo especial para el prisionero y sus aliados o aliadas en el movimiento contra la pena de muerte para ganar dinero o al menos lograr la conmutación de la sentencia a muerte. La guerra de apuestas resultante es feroz y frenética. En muchos casos, los prisioneros pierden (a menos que sean lo suficientemente ricos como para ganarles a sus oponentes). Dos días antes de la ejecución proyectada se adopta un voto final. La regla es: "un roth-bard, un voto". Algunos de los televidentes - particularmente los miembros de la familia de la víctima- están preparados para pagar cientos o incluso millones de rothbards para asegurar la más horrible de las muertes para el condenado. Esto a su vez asegura una audiencia televisiva aún mayor y por lo tanto una creciente renovación de los anunciantes.

Los mercutopenses aman divertirse. Muchas estaciones de televisión no incluyen programas deprimentes: no forman parte de un mercado. Esto significa que las noticias sobre inundaciones, hambrunas, accidentes aéreos y la política de Medio Oriente no están incluidas en los programas de noticias más vistos (aunque son vistas una y otra vez en el Canal de las Catástrofes). Las noticias y el entretenimiento se fusionaron hace mucho dentro de la programación y las primeras son una parte más pequeña del segundo. Uno de los shows más populares es "La Hora de las noticias alegres" en stp, Servicio de Televisión Privada.

Aunque hay gente sola en Mercoutopia, no necesitan permanecer solos por mucho tiempo si tienen deseos de compañía y los medios para pagar por ella. Una de las empresas mercutopenses más próspera es Rente un Amigo. Por diez rothbards la hora uno puede rentar un "conocido", por cincuenta un "buen amigo" y por cien un "mejor amigo". Para quienes prefieren compañía no humana, Rente una Mascota (la totalmente subsidiaria de Rente un Amigo) proporciona perros, gatos, peces dorados, jerbos y cerdos barrigones, y otros muchos animales por periodos que oscilan entre un día hasta la vida completa del animal. Los que alquilan alguien para pasearla o desean intercambiar su compañía animal por otras especies pueden hacerlo también. O por un pequeño costo adicional pueden practicarles la eutanasia sin dolor a sus mascotas rentadas.

Otros exitosos servicios también están disponibles por un precio. Por ejemplo, a Sycophants, Inc. le puedes rentar un adulador que te siga a todas partes y que te elogie incluso en privado (por cincuenta rothbards la hora) o en público (cien la hora). Para los que tienen inclinación por el deporte hay Perdedores Ltd. A Perdedores le puedes rentar un compañero para jugar tenis o es-quash, o basquetbol de uno contra uno, billar, dardos, e incluso poker, ajedrez y otros juegos más cerebrales y sedentarios. El eslogan de Perdedores es "Usted gana, nosotros perdemos -garantizado". Los precios van de acuerdo con el juego u otros factores, para lo cual hay un catálogo de precios elaborado. Los jugadores de basquetbol pagan por ejemplo precios exorbitantes para jugar contra hombres negros muy altos que no puedan saltar o lanzar con precisión. Los entusiastas

del ajedrez pagan más por jugar contra oponentes con nombres rusos que tengan acentos sonoros.

Y algo incluso más maravilloso, amor y matrimonio florecen en Mercutopia. El mercado del matrimonio y los contratos nupciales son partes importantes de la vida mercutopense. Los servicios de citas y las rupturas matrimoniales abundan. Para los primeros uno llena una forma en la que se enlistan las preferencias considerando, por ejemplo, que el no fumador, caucásico, rubio, carnívoro y practicante de jogging tendrá relaciones sexuales en la primera cita por un precio razonable o un intercambio de servicios. El matrimonio es el negocio más serio, pues involucra bienes. El contrato de matrimonio estipula qué bienes, de los que cada uno de los miembros de la pareja traen al matrimonio, están dispuestos a compartir, cuán frecuentemente tendrán relaciones sexuales (y de qué precio de intercambio se está hablando), cuántos hijos tendrán (y cuánto le cobrará la esposa al marido por el inconveniente de estar embarazada y el dolor del parto), etcétera. Algunos hombres particularmente ricos "mejoran" intercambiando a sus antiguas esposas por más nuevas y jóvenes modelos; las mujeres ricas hacen lo mismo. Los términos en los que los matrimonios pueden ser disueltos, mejorados o agregados (la poligamia es perfectamente legal) están especificados en el contrato de matrimonio, que normalmente consta de cuarenta o más páginas impresas con letra apretada y que es periódicamente renegociado.

Los valores familiares florecen en Mercutopia y los niños aprenden pronto que el valor de ser miembro de una familia puede ser considerable. Por ejemplo una madre podría pedirle a su hijo o hija: "Dale a un beso a mami", a lo que el hijo responde normalmente "¿Cuánto vale para ti?". La madre entonces le dirá "Dos rothbards". "Tres", le responderá él categórica y firmemente. Ella asiente, y cuando él pone sus labios en la otra mejilla, ella abre su bolsa y dice orgullosamente con una calurosa sonrisa maternal: "El mejor negociante que una madre haya tenido."

Si observamos los anuarios de las escuelas privadas, éstos revelan que ciertos estudiantes destacan por alguna mención de méritos como "El más calculador" o "El negociador más astuto". Estos jóvenes pueden esperar sobresalir en la Universidad Sumner.

La Universidad Graham Sumner -una institución privada como lo son todas en Mercutopia- no "funciona sólo como empresa", sino que es una empresa y muy beneficiosa para cada uno. Una calificación de 10 puede adquirirse por la suma relativamente modesta de quinientos rothbards, un 8 por cuatrocientos, y un 6 por trescientos. Los profesores -llamados ps (las siglas de proveedores de servicios)- están ansiosos de enseñar a grandes grupos de licenciatura pues sus salarios están determinados por la cantidad de estudiantes (llamados clientes) cuyos "pagos por calificaciones" se dividen a la mitad entre ellos y la institución. La Universidad de Sumner no tiene un departamento de filosofía, en parte porque la demanda es insuficiente, y también porque las materias de ética y filosofía política están incluidas en el programa de economía y restringidas a los trabajos de Robert Nozick, Friedrich Hayek, Milton Friedman y otras eminencias. Ha habido desde hace mucho rumores de que algunos estudiantes se reúnen en secreto para leer a John Rawls, Karl Marx, Tomás Moro, y otros autores que están excluidos del programa. Sin embargo, éstos parecen infundados, pues el conocimiento de estos pensadores haría difícil el avance de la propia carrera y sería por lo tanto equivalente a un costo sin el beneficio correspondiente.

Toda la investigación en Sumner y otros centros de educación superior es financiada por grandes corporaciones. La industria del tabaco apoya la investigación sobre el hábito de fumar y la salud. Las grandes firmas farmacéuticas financian los estudios sobre la seguridad de los medicamentos y su eficacia. La industria química mantiene la

investigación sobre toxicidad de herbicidas, pesticidas y otros químicos. La industria minera y maderera mantienen la investigación medioambiental. Y las firmas agrícolas son generosas en su apoyo a los trabajos sobre los efectos en la salud y en el ambiente de los frutos genéticamente modificados, vegetales, granos y otros cultivos. Una investigación pionera en la Universidad de Sumner ha demostrado -al contrario de la antigua creencia popular ahora desacreditada- que no hay una relación clara entre fumar y el cáncer de pulmón, de garganta y de otros órganos. Tampoco hay efectos adversos de las drogas más usadas, como los investigadores han descubierto. Sus colegas han demostrado también científicamente que los cultivos genéticamente modificados son beneficiosos tanto para el ser humano como para el ambiente natural. Lo mismo es también verdad para los nuevos y mejorados pesticidas y herbicidas.

Realmente la gente de Mercutopia tiene mucho que agradecer. Y entonces no es sorprendente que muchos mercutopenses sean religiosos. Se levantan estatuas y altares a San Murray, San Milton, San Gary -y por supuesto las santas Ayn y Margaret- y otros personajes sagrados. Los santos austríacos Ludwig y Friedrich son particularmente reverenciados. La sagrada escritura -que se encuentra particularmente en El libro de Maam-mon- es ávidamente estudiada, y muchos mercutopenses pueden hacer citas claves de memoria de estas escrituras: "¿En qué pudo haberse beneficiado una persona que ganó su alma pero perdió su sustento?" "Es más fácil para los ricos entrar al Cielo." "Hacédselo al prójimo antes de que os lo hagan a vosotros." "Dadle al César lo que es del César, no temáis si éste no toma vuestra pizza. Dinero camino de todo bien." (Este pa-saje está también im-preso en los rothbards). Es especialmente querida la historia del sermón del Valle de San Gary, en el cual él predicó el evangelio del amor a sí mismo mientras hacía su venta diaria de pan dulce viejo y croquetas de pescado. Estas y otras escrituras constituyen gran parte de la instrucción moral de los jóvenes, y son fuente de solaz esparcimiento para los viejos.

Finalmente, y realmente al final, están la política y los ciudadanos en Mercutopia. Con el Estado mínimo mer-cutopense llegó la política mínima. Dado que muchas actividades y servicios están privatizados, el gobierno tiene poco que hacer. Los funcionarios electos se lanzan provocaciones e insultos entre ellos, y los mercutopen-ses asombrados ven lo que sucede en la política como una forma de entretenimiento muy cercano a la lucha profesional -lo que ayuda a explicar por qué los luchadores profesionales son frecuentemente electos para cargos públicos. Algunos mercutopenses votan por los candidatos que consideran que tienen el mayor valor en lo referente al entretenimiento. Muchos, sin embargo, venden sus votos al mayor postor en las subastas electorales en línea del año. Desde hace mucho ha habido grandes discusiones sobre las modificaciones a la Constitución mercutopense porque hasta ahora no posibilita a los electores registrar la intensidad de sus preferencias en las encuestas. Una enmienda propuesta compondría este defecto posibilitando a los votantes pagar un rothbard por voto tantas veces como deseen votar.*

Carezco del ingenio para llevar esta parábola más allá. Mi intención al introducirla es plantear tres preguntas: primera, ¿por qué algunas (o quizá todas) las prácticas mercutopenses se nos hacen preocupantes, cuestionables o algo peor? Segunda, ¿qué otras distorsiones introducirían en nuestro lenguaje político, moral, legal y, por lo tanto, en nuestro pensamiento y en nuestras obras, las prácticas que he descrito? Tercera ¿estamos en aspectos importantes viviendo ya en Mercutopia o al menos vamos en esa dirección?

En general, los mercados son una buena cosa -son un medio razonablemente eficiente para distinguir y satisfacer las preferencias de la gente en bienes de distribución y recursos y para recompensar a los muchos miembros emprendedores de nuestra

sociedad. La expectativa de tener un beneficio es realmente un motivo poderoso para mucha gente, y el genio del mercado es aprovechar el interés personal con propósitos que brinden beneficios generales. Como lo planteó estupendamente Adam Smith: "No es de la bondad del carnicero, del cervecero o del panadero de la que debemos esperar la comida, sino de la contemplación de su propio interés. Nosotros mismos no nos dirigimos a su humanidad, sino a su amor propio, y nunca le hablamos de nuestras necesidades sino de su beneficio."

Entonces, si los mercados son una buena cosa ¿por qué no dejamos que su magia opere en todas las esferas de la vida social? ¿Por qué no comprar y vender órganos humanos, y otras cosas que no se comercian en los mercados (o al menos en los mercados no negros)? ¿Por qué impedimos que se extienda la influencia del mercado en estas y muchas otras áreas?

Para estas preguntas los neoliberales modernos y los economistas de la Escuela de Chicago tiene una respuesta rápida: sólo un prejuicio ciego, increíble e irracional nos previene de hacer todas (o al menos la mayoría) de las interacciones humanas en el mercado de las transacciones. Como argumenta Gary Becker en *The Economic Approach to Human Behavior*, nosotros no debemos pensar y actuar sólo como agentes del propio interés, pero ya estamos actuando (si no es que pensamos) en este sentido. Cada uno de nosotros somos calculadores de nuestro propio interés en beneficiarnos, sin embargo, muchos podríamos desear ocultar este hecho a los otros e incluso (o quizá particularmente) a nosotros mismos. La honestidad y el candor nos obligan a reconocer este hecho y a renunciar a la autocomplaciente pretensión de que algunas veces actuamos altruistamente, e incluso en contra de nuestros propios intereses, esperando ayudar a nuestros semejantes. Incluso las acciones más ostensiblemente no egoístas, lo son realmente: auxiliamos a otros sólo para sentirnos mejor. Entonces pueden ser por definición actos no egoístas. O si son altruistas, son entonces, de nuevo por definición, actos irracionales (esta es por supuesto una simplificación que bordea la caricatura. Una buena caricatura, sin embargo, no sólo contiene un grano de verdad sino rasgos notables y significativos del objeto o la persona que describe).

Quizá sea un viejo y extendido prejuicio el que se pone en contra de convertir cualquier bien o actividad en objeto mercantil. Pero como Edmund Burke y otros conservadores nos recuerdan, los viejos prejuicios frecuentemente tienen bases racionales. Cambiamos ciertos prejuicios bajo nuestro propio riesgo. Hay muy buenas razones para tener prejuicios en contra de, por ejemplo, que se subasten órganos humanos al mejor postor, o de que la protección policiaca sólo esté disponible para aquellos que puedan permitirse costearla, o de convertir las ejecuciones en un entretenimiento televisado de pago por evento. Estas razones tienen que ver con nuestro compromiso con la igualdad y la justicia en la distribución de los bienes sociales.

El mayor defecto de Mercutopia es su masiva y sistemática violación de un sentido básico de justicia. Los mercutopenses que no pueden sufragar la salud, la educación, la protección policiaca y otras necesidades vitales, les está negado un justo (o incluso mínimamente suficiente) reparto de los bienes sociales. En realidad están desprovistos de cualquier bien, excluidos precisamente del reparto de los beneficios de la sociedad y ventajas, empujados a los márgenes, hechos invisibles (como en mi esbozo de utopía). Ellos están excluidos porque carecen de recursos para comprar bienes y servicios que deberían ser suyos por derecho. Mercutopia no es sólo una sociedad injusta sino indecente. El argumento contra el neoliberalismo mercutopense es mucho más acerca de la decencia que de la justicia.

El vuelco neoliberal dirigido al libre mercado está marcado por un intento de alterar radicalmente el vocabulario que utilizamos al describir y valorar el quehacer humano.

Heidegger señaló alguna vez con incontestable claridad que no es tanto que nosotros tengamos una lengua, sino que ella nos tiene. James Boyd White hace un señalamiento similar. "De maneras importantes", escribe "nos convertimos en la lengua que utilizamos", puesto que "las lenguas que hablamos y las prácticas culturales que a la vez reflejan y hacen posibles marcan o configuran nuestras mentes habituándonos a ciertas formas de atención, ciertas maneras de ver y concebirse a uno mismo y al mundo". ¿En quién o en qué nos convertimos para hablar el idioma del liberalismo y el de la economía de mercado? Cualquiera que sea su estatus como ciencia, la disciplina de la economía tiene una dimensión lingüística o retórica. La economía proporciona un lenguaje redescriptivo -una serie de conceptos y categorías con los cuales rehacemos las formas en que describimos y justificamos nuestras instituciones y prácticas. Y en una cultura consumista-capitalista como la nuestra, este discurso parece tener una autoridad particular. Hablar y pensar en su idioma parece sincero y admirablemente realista.

A modo de ilustración, consideren lo que Anthony Downs hizo en su ahora clásica contribución a la teoría de opción racional, *An Economic Theory of Democracy*. Los partidos políticos y candidatos son redescritos como "empresarios" que compiten entre sí por los votos de los consumidores, que "gastan" sus votos (y pagan los "costos" de votar) por los partidos y candidatos que ellos creen que promueven mejor sus intereses. Tales redescipciones no son sistemáticamente neutrales dado que pueden suplantar el discurso cívico, reenfocando nuestra atención y configurando nuestro carácter y conducta. Si redescibimos nuestras acciones políticas y nuestras instituciones en el idioma de Downs, debemos olvidar el idioma republicano más viejo de la virtud cívica, el servicio público, los deberes y obligaciones. Los dos discursos son incompatibles.

Otro ejemplo proveniente de nuestra propia esfera social: en dos universidades norteamericanas con las que estuve relacionado en años recientes, la administración (y un número creciente de docentes) argumentaban que la universidad debía ser más "empresarial", que debía expandir su "base de clientes" y por lo tanto "su contribución al mercado" en competencia con otras instituciones. Los docentes son "proveedores de servicios" y los estudiantes son "clientes" por los que debían competir para que patrocinaran sus departamentos y programas. Esta no es sólo una forma de hablar sino de pensar y actuar. Por ejemplo, aquellos departamentos con el número más alto de clientes que pagaban debían, se decía, ser recompensados de acuerdo con ello, y aquellos con matrícula baja, castigados, quizá incluso con su eliminación total. (Bajo estos esquemas, sobra decir que a la escuela de negocios le iba cada vez mejor que al departamento de estudios clásicos). Los decanos y los directores de facultad presionaban a los docentes con avisos donde les pedían que cambiaran intelectualmente su manera de proceder con el fin de atraer más clientes. Se realizaban encuestas para asegurar la "satisfacción del cliente" con el producto que se le proporcionaba. Y dado que los clientes tienden a ser jóvenes, inexpertos y deseosos de que los entretengan mientras obtienen buenas calificaciones, ellos se inclinan por los cursos que proporcionan beneficios. El resultado, que no sorprende, no es sólo una inflación de las calificaciones sino una estupidización del programa y, por lo tanto, de los propios "clientes". Redescibir la educación en el idioma del mercado no es hablar en un idioma sistemáticamente neutral o inocente. Ha tenido implicaciones problemáticas muy reales. Esta es por supuesto sólo una pequeña parte de la mucho mayor tendencia a la creciente mercantilización del discurso moral, político y pedagógico. Nuestro cambiante idioma puede ser un muy buen indicio de esta mudanza a Mercutopia que debemos ver con alarma. Y con el "nosotros" no quiero decir solamente los académicos que temen ser degradados de educadores a "proveedores de servicios". Quiero decir que como ciudadanos tenemos buenas razones para temer que el lenguaje de los mercados y los

consumidores quizá suplante el de los ciudadanos y la capacidad de pensamiento crítico que éstos requieren y promueven.

Tenemos buenas razones para actuar mientras todavía tengamos la capacidad. Cualquier cosa en la que nuestra sociedad se parezca a Mercutopia es cuestión de elección, primero entre las personales que hagamos como consumidores y, después, más decisivamente, entre las colectivas que hagamos como ciudadanos. Cuál debe ser el lugar adecuado de los mercados no es en sí misma una cuestión económica sino un asunto de deliberación política. Los mercados en el lugar que les corresponde pueden producir admirables resultados, pero tienen limitaciones al igual que virtudes -un señalamiento muy convincentemente argumentado por Robert Kuttner en *Everything For Sale* y por Thomas Frank en *One Market, Under God*. Las dudas sobre la ideología de libre mercado se están difundiendo. Experiencias recientes en California, por ejemplo, han puesto en duda la sensatez de haber privatizado la generación de energía eléctrica y su distribución.

Hay también una creciente conciencia en los Estados Unidos y más allá del lado oscuro del liberalismo. Las protestas en Seattle y en muchas partes contra la omc quizá sean una puerta abierta en la larga lucha sin duda difícil contra el abuso de la mentalidad mercantil en esferas no económicas. El trabajo revitalizado de los sindicatos y el crecimiento del movimiento verde son aliados importantes en esta lucha. Pero también hay comunidades religiosas -la judía, musulmana, la budista, la católica y la protestante- que han adoptado una posición más crítica ante el consumismo, los recortes al Estado de bienestar y la creciente desigualdad. Puede haber alianzas que se forjen entre estos grupos diversos. Los políticos todavía pueden hacer compañeros de viaje.

En una sociedad capitalista consumista como la nuestra, el discurso sobre la competencia y los mercados parece ser normal, natural e irreprochable. Sin embargo, este discurso atraviesa e influye nuestra comprensión de lo que somos y de en qué consiste nuestra sociedad. En realidad este discurso está muy bien articulado en nuestra cultura. Y es precisamente porque el pensamiento mercantil es tan central para nuestra cultura de consumo capitalista que todos deberíamos estar muy conscientes de lo que le falta, de lo que margina, de lo que trivializa o de lo que deteriora y destruye. Como Michel Walzer escribe en *Spheres of Justice*, "las relaciones mercantiles son expansivas. Un economía de *laissez-faire* radical podría ser como un Estado totalitario, que invadiera cualquier otra esfera y dominara cualquiera de los demás procesos distributivos. Transformaría cualquier bien social en mercancía. Esto es un imperialismo de mercado". Y Walzer continúa argumentando que las tendencias al imperialismo del mercado pueden controlarse mejor y ser vigiladas por una ciudadanía democrática y atenta, pendiente de las desigualdades e injusticias -e indecencias- producidas en el libre juego de las fuerzas del mercado.

¿Por qué Mercutopia nos golpea a todos como un mal orgánico? Seguramente porque en este contexto las relaciones de mercado se vuelven la totalidad de las relaciones humanas. Donde todo es para vender, nada es sagrado. Donde el valor es equiparado con el precio, nada es intrínsecamente valioso. Los mercutopenses pueden ser ricos en un sentido material, pero viven vidas empobrecidas.

Traducción: AGB

Nota

*Cuando empecé a escribir esto lo pensaba como una parodia de un mundo posible que no existe (todavía). Pero en el otoño *The New York Times* informó sobre un sitio de Internet ahora desaparecido -vteauction.com- donde los votantes podían vender sus

votos a los mejores postores. "El sitio (...) proclama que está 'haciendo más cercanos el capitalismo y la democracia'. Ofrece comprar los votos vacíos de votantes indecisos y entonces posibilita que las organizaciones y los individuos pujen por un bloc de boletas de votos de un estado... Los precios de los votos oscilaban entre 10 y 20 dólares." (The New York Times, 20 de octubre de 2000, p. A23).

El autor enseña teoría política en la Universidad Estatal de Arizona. Entre sus libros están: *Transforming Political Discourse*, *Reappraising Political Theory* y la novela de misterio *Rousseau's Ghost*.